

La tez de su semblante despues de su muerte, la frescura de su carne y el olor maravilloso de su cuerpo, fueron los signos mas visibles que Dios quiso dar de la felicidad y de la gloria con que habia coronado su alma. No fueron estos los únicos milagros con que manifestó á los hombres la santidad de Teresa; obró tambien otros por su medio, principalmente la curacion de dos hermanas que padecian, la una de dolor de cabeza y la otra de mal de ojos; lo que se verificó ántes de que se enterrase su cuerpo. Esta ceremonia fué hecha con solemnidad el dia 15, segun el nuevo cómputo; y el lugar de su sepultura fué el coro bajo de las carmelitas de Alba, donde permanece hasta el dia, asegurándose que no le ha tocado la corrupcion. Fué beatificada el año 1614 por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

San Antioco, obispo.

Fué San Antioco obispo de Lyon, en Francia, donde floreció con admirables virtudes, y con no comun erudicion que lo hacian respetable en el clero, en el que se distinguia principalmente por el zelo con que procuraba el bien de las almas, sin descuidar la suya, que alimentaba con el pan de la oracion y con la asidua leccion de las Sacradas Escrituras; empleando en uno y otro ejercicio la mayor parte de la noche, para dedicarse en el dia á las funciones de su ministerio. El exacto desempeño de éste y los grandes frutos que recogia con él para gloria de Dios y de su Iglesia, hicieron que se le juzgase muy digno de ocupar la silla episcopal de Lyon. La nueva dignidad en nada alteró su profunda humildad, ni su amor á la pobreza y á las austeridades: solo se vió en él que presentándosele un campo mas vasto á su zelo y á su caridad, su vida se hizo mas laboriosa y sus trabajos mas penosos para él, pero mas útiles para su grey. Distinguióse en la exactitud con que desempeñaba todas las funciones de su ministerio, siendo tanto mas fructuoso para sí mismo y para las almas, cuanto su intencion era mas recta y sus obras mas acabadas y perfectas. Jamas aflojó un punto en el tenor desusanta vida y en la disciplina con que gobernaba su Iglesia. Siendo por uno y otro á los ojos de Dios un siervo fiel y un obrero útil, coronó el Señor sus trabajos con una muerte preciosa, que fué principio de su descanso eterno. ¡Oh, sean sus virtudes un objeto de imitacion á los prelados de la Iglesia, y un medio de proteccion y de amparo á las simples y dóciles ovejas!

La Epístola es de los capítulos X y XI de la segunda de San Pablo á los corintios.

Hermanos: El que se gloria, gloriése en el Señor. Porque no quien se abona á sí mismo es aprobado, sino aquel á quien Dios abona. ¡Pluguiese á Dios que sufrieseis un poco mi imprudencial! Mas toleradme, ya que yo soy amante zeloso de vosotros, y zeloso en nombre de Dios; pues que os he desposado con este único esposo, que es Cristo, para presentaros á él como una casta vírgen.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. De las cuales cinco eran nécias y cinco prudentes. Pero las cinco nécias al coger sus lámparas no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, comenzaron á cabecear; y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Pero las nécias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es que vayais á los que le venden, y compreis lo que os falta. Miéntras iban estas á comprarlo, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor! ábrenos. Y él les responde y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Sobre el estado religioso.

Considera que el medio práctico mas excelente y eficaz para lograr la muerte mística es el estado religioso: en él se encuentran tomadas y puestas en sistema todas las medidas para el desprendimiento de las criaturas y negacion propia, que es en la que eminentemente consiste la muerte mística. El constitutivo del estado religioso son las tres renunciaciones absolutas y perpetuas de la propia vo-

luntad, por la obediencia; de los bienes temporales, por la pobreza, y del estado del matrimonio y placeres de los sentidos por la castidad; de manera que la observancia universal y constante de la obediencia, de la pobreza y de la castidad, es en lo que consiste sustancialmente el estado religioso. Estas tres renunciaciones prácticas y efectivas por el ejercicio de las virtudes dichas, se afirman y consolidan con el voto religioso aplicado á cada una: el religioso vota para toda su vida estado de castidad, pobreza voluntaria, y vida de obediencia; mas de modo que realmente se abstrae de todo lo que puede ser contrario á la guarda de mas perfecta castidad que es la monacal; realmente se despoja de todo dominio en los bienes, y solo tiene el uso de lo preciso para vivir, y esto por licencia expresa de su prelado, y no de otro modo; y por último, realmente se despoja de su propia voluntad y libre albedrío para vivir bajo las reglas de su instituto y bajo la voluntad del superior, á quien por voto debe obedecer; con la circunstancia de que estas tres virtudes ha de observarlas de manera que progrese y se perfeccione en ellas, siendo por consiguiente indispensable las observe con las perfecciones que cada una de ellas puede tener, y demanda del que las ha votado. ¡Oh bella situacion la de un hombre que con tres renunciaciones cardinales ha obstruido todos los caminos por donde podia venirle la corrupcion del siglo y de la carne, y se ha abierto todas las sendas por donde puede caminar á la perfeccion evangélica, á la vida interior, á la union con Dios; siendo el resultado de todo, que ha logrado morir místicamente, para no vivir sino solo para Dios.

Considera que á estos votos sustanciales de la religion, se agrega en todo instituto religioso cierta regla de vida de mayor ó menor austeridad, que así como facilita la práctica de los mismos votos, coopera á que sea mas perfecta la muerte mística de la persona religiosa. La guarda de la clausura que bajo diversos métodos se tiene respecto de los religiosos y de las religiosas, y que en éstas se observa por cuarto voto en casi todas sus religiones, es la mas importante de las reglas, y la que hace mas efectiva la guarda de las demas que tienen por objeto la austeridad de vida: lo grosero y pobre del hábito, lo escaso y ordinario de los muebles, el método uniforme de vida, la sujecion á la campana, la asistencia al coro, las penitencias mas ó menos frecuentes y rigorosas, la proclamacion de los propios defectos, la correccion capitular, el silencio y otras varias privaciones y austeridades hacen que la vida religiosa redon-

das y perfecciona un todo que no es otra cosa mas que la muerte mística; y que al mismo tiempo facilite los medios todos con que cada alma religiosa busca su propia reforma, su adelantamiento y su perfeccion segun las necesidades de cada una, y la inspiracion divina que respectivamente las conduce al grado de perfeccion á que Dios las ha predestinado. ¡Felices si saben llenar todos sus deberes, y buscar en su observancia el bien incorruptible!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Basta esta ligera ojeada sobre el estado religioso, para hacernos conocer su excelencia; la que es incuestionable respecto del estado en sí mismo; mas en cuanto á las personas hay que observar dos cosas: primera, que es un estado que no se debe abrazar sin vocacion de Dios, pues lo grave de sus obligaciones y sus austeridades, no son para desempeñarse á la voluntad del sugeto, sino que piden especiales auxilios de la gracia, que están ligados á la vocacion, y no se tienen sin ella; de manera que para el que lo abraza sin vocacion, por lo comun hablando, será su ruina y perdicion. La segunda reflexion que hay que hacer es, que aun las personas que lo abrazaron con verdadera vocacion, necesitan fomentar mucho su espíritu con la observancia misma, con el debido uso de los sacramentos, con la oracion y otros medios, para poder llenar todas sus obligaciones; pues de otro modo á cada paso cometerán una culpa, y hallarán su ruina donde debian hallar su salvacion. Estas advertencias indican los propósitos.

JACULATORIA.

Hazme saber, Señor, el camino en que debo andar para agradarte.

LECCION.

Sobre la frecuencia de los sacramentos.

Supuesta ya la necesidad de recibir los sacramentos, como hemos manifestado en la leccion anterior, réstanos saber si se deberán recibir con frecuencia los dos establecidos para recuperar la gracia perdida por el pecado mortal, y aumentarla con el pan celestial. No podemos determinar á punto fijo el tiempo en que es necesario acercarse á los sacramentos; esto depende de las necesida-

da de nuestra conciencia; así es que cada uno debe examinarle á sí mismo sobre este punto. Hay personas que se mantienen en gracia y practicando con fervor y piedad cristiana las virtudes por mas tiempo que otras: tales fueron casi todos los primeros cristianos: tales han sido aquellos antiguos padres del desierto, y tales son aun hoy día muchas almas santas, ya de las que viven en el retiro de los claustros, alejadas del bullicio del mundo, ya de las que aun viviendo en medio de él, saben precaverse de su corrupcion, formándose dentro de sí mismas su propio retiro; pero hay otras que no estando tan arraigadas en la práctica de la virtud, sus caidas son mas frecuentes. Estas últimas están obligadas á frecuentar mas á menudo los sacramentos que las otras; mas como no se puede dar á todas una misma regla, baste decir en general, que el uso frecuente de los sacramentos es útil á todos, y algunas veces necesario á la mayor parte de los cristianos, para conservarse en estado de gracia.

Por esto los padres de familia, amos y superiores, deben tener cuidado de advertir á sus hijos, criados y súbditos, que no se contenten con llegar al sacramento de la penitencia y á la mesa del Altar por el tiempo solo de la Pascua, sino tambien entre año, en las fiestas principales. Es verdad que ha habido Santos, que penetrados de un profundo respeto á la Eucaristía, se han estado mucho tiempo sin comulgar; pero seria una humildad mal entendida abstenerse de llegar al convite celestial por el dictámen de cada persona, con el especioso y muy comun pretesto de reconocerse indigno, sobre todo, cuando obliga el precepto de Jesucristo ó el de su Iglesia. No puede haber cosa mejor ni mas útil para conseguir nuestra verdadera felicidad, que frecuentar los sacramentos, con tal que se reciban dignamente, pues de lo contrario seria temeridad una sola vez. ¡Ojalá y todos los cristianos viviesen tan santamente que aunque no pudiesen con la ropa nupcial, lavada allá por primera vez en las aguas del Jordan sagrado del bautismo, pudiesen al menos decir: Vednos aquí purificados con las aguas de la piscina, confortados con el oleo santo, robustos con el pan de fortaleza, en una palabra, santificados en nuestro cuerpo y en nuestra alma! ¡Qué alegría para la Iglesia santa, ver renovado despues de diez y ocho siglos el fervor de sus primeros hijos! Los sacramentos, considerados en sí mismos, son tan útiles, encierran tantas gracias, que seria muy apreciable el recibirlos con frecuencia; mas si los

consideramos con respecto al estado de la mayor parte de los cristianos, no conviene los reciban frecuentemente todos, sin aprobacion de sus confesores.

Las reglas que en lo general podemos dar, son el tener una vida verdaderamente cristiana, el haber salido del pecado por una sólida y sincera penitencia; pues como dice San Ambrosio, *para recibir la vida, es necesario mudar de vida.* Lo mejor de todo será seguir el consejo de un sábio director, que conociendo nuestra conciencia, nos prescribirá lo que nos sea mas conveniente. Así es, que el pueblo ó comun de las gentes, podrá comulgar tres ó cuatro veces entre el año: las almas mas adelantadas podrán hacerlo nueve ó diez veces al año: los casados que viven con grande piedad, podrán llegarse al sagrado Altar una vez al mes, ó de tres en tres semanas: las personas libres de quince en quince días, y los que están íntimamente unidos á Dios, y que sacan muchas ventajas del alimento de los fuertes, podrán hacerlo cada ocho días: toda esta doctrina es del venerable Avila. Efectivamente, son muy pocos aquellos á quienes puede convenir mayor frecuencia que la de una vez á la semana. Participar á cada paso de los santos sacramentos, y repetir todos los días las murmuraciones, mantener las enemistades y enconos, conservar las vistas, conversaciones y visitas peligrosas, son dos cosas que jamas se podrán combinar. ¡Felices los que saben separarse del mundo, y economizar el tiempo de sus negocios temporales, para irlo á emplear en la participacion de los santos misterios!

Sí, acuérdate, cristiano, á quien Dios ha concedido la gracia de pasar la vista por estos renglones; acuérdate, digo, de aquellos instantes felices, en que libre del abominable peso de tus culpas, venias de arrojarlas á los piés de un sacerdote con la contricion de un corazon verdaderamente contrito y humillado. ¡No es verdad que experimentaste entonces una alegría santa é inesplicable? ¡No te parecia que en aquel instante habias dejado el antiguo sér que te molestaba, y habias adquirido uno del todo nuevo que te servia de gozo? Ni los placeres del mundo, ni sus riquezas, ni sus diversiones, pueden compararse á las delicias de que entonces te sentias anegado. Todos están de acuerdo en estas verdades; pero muy pocos procuran percibir las. ¡Cuántos hay que pasan, no digo meses, años enteros en una lamentable privacion de los sacramentos? Estad alerta, les grita su conciencia; ved que estais sumergidos en

donde tinieblas, y en tinieblas serán pronta las sombras de la muerte. ¿Será posible que haya quien huya de la luz, quien se aleje del soberano Sér, y quien desprecie los únicos tesoros dignos de una alma inmortal?

Luego que se amortiguó la fé, que se entibió la caridad, se vió precisada la Iglesia á imponer á sus hijos la obligacion de ir por la Pascua á alimentarse de la carne del Cordero. ¡Qué vergonzoso es para nosotros volver la vista al retrato que la religion nos hace de los primeros cristianos! Estos hubieran querido morir, ántes que vivir alejados de los sacramentos; los de nuestros tiempos quieren mejor morir en la culpa, que acercarse á ellos. La Eucaristía era en algun modo su pan de cada dia; así es que hallaban en su frecuente uso aquella fuerza sobrenatural y divina con que se presentaban á los tiranos, quebrantaban las cadenas, desafiaban á los verdugos, y amansaban á los tigres y leones. ¡Qué dirian aquellos hombres enteramente espirituales, viendo la desidia y melindre de los cristianos de ahora en el uso del Pan de los ángeles? Se escandalizarian sin duda de ver las precauciones y rodeos de que es preciso valerse para anunciarle á un enfermo que es preciso que disponga su conciencia, que arregle sus bienes, y que se prepare para recibir la visita de su Dios; como si el salir del miserable estado del pecado, el evitar los disgustos en su familia, y lo que es mas, cómo si aquel que es el camino, la verdad y la vida, debiera causar susto con su presencia. Pero apartemos la vista de los escándalos que horrorizan al mas estúpido. Los sacramentos, lector mio, fueron siempre la fuerza, el refugio y la dicha del verdadero cristiano. Sin ellos nuestro culto seria estéril, y una ceremonia puramente exterior. Los sacramentos ponen el sello de la santidad sobre una alma fiel: ellos la hacen partícipe de todas las gracias y dones del cielo; ellos en fin, forman de nuestros templos otros tantos lugares de asilo y de salud. No es la Arca de la alianza la que se halla en el altar, no la vara de Aaron, no las tablas de la ley, no los panes de proposicion, sino la víctima por excelencia, la verdadera fuente de la gracia, el pan verdadero de los cielos, el mismo Hijo de Dios. Con razon, pues, dice el grande Ambrosio: Si los cielos se abren, no hallarémolos en ellos cosa mas santa que la que reside en nuestros tabernáculos. Acercaos, pues, con frecuencia á participar de tantos, tan grandes y tan singulares beneficios.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Galo, abad, y San Florentin, obispo.

SAN GALO, ABAD.

San Galo fué de origen irlandés, y nació á mediados del siglo quinto, de familia noble, rica y virtuosa. Sus padres le dieron una educacion cristiana; y para que se perfeccionara en ella, lo pusieron al cuidado de San Columbano, que era monge del célebre monasterio de Bangor ó Bauchor. En este establecimiento de virtud adelantó mucho Galo en el camino de la perfeccion, ayudado de los santos y prudentes consejos de su maestro; y aunque su principal empeño fué aprender las sagradas Escrituras y las ciencias eclesiásticas, no por eso dejó de adelantar en la retórica, poesía y otros ramos de bella literatura. Su virtud y su modestia lo hacian recomendable entre los demas monges; y la observancia exactísima de los estatutos de su regla, le atraieron el aprecio de sus prelados. San Columbano se hallaba animado con muy vivos deseos de propagar por las otras partes de la Europa el mismo amor al retiro y el espíritu penitencial que habia procurado inspirar y fomentar en Irlanda; y con tal intento, y previa la licencia del abad, eligió doce monges para marchar á Inglaterra y Francia. San Galo lo acompañó en esta empresa, tanto porque lo animaba el mismo deseo que á Columbano, como porque no queria apartarse de su compañía en un tiempo que necesitaba mas de sus lecciones.

Por el año de 585, ó como otros creen, en 589, llegó Columbano á Francia despues de haber estado poco tiempo en Inglaterra, y eligió un sitio en los estados de Childeberto II, rey de Austrasia. Encontró gran proteccion en este monarca, que le suplicaba que permaneciera en su corte, y allí fundara su nuevo monasterio; pero Columbano no queria estar en el bullicio tumultuoso del mundo, sino en la tranquilidad de la vida solitaria; y para ejecutar sus planes, buscó un sitio retirado, y lo encontró en el monte de Vosga, lugar que divide la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia, y se halla en los términos de los obispados de Toul y Besanzon. Este fué el primer monasterio que fundó Columbano; y despues de estar aquí dos años, en los que aumentó considerablemente el número de los monges, se trasladó á Borgoña á instancias de Agnaldo, pa-